

El nuevo idioma castellano

Carta al hispanista James Fitzmaurice-Kelly

Advertencia

«Un manifiesto» ha dicho de las páginas que siguen mi amigo, el admirable Sanín Cano. Pero no; sólo pretenden contribuir con su homenaje de pasión y verdad a la liberación actual del castellano. Recibí o solicité de algunos compañeros ilustres las cartas que publico al final del libro (1), para amparar con su afectuosa autoridad, mi furia española. Cada generación debe trucidar a los académicos a fin de no envejecer muy pronto...

A despecho de mil victorias juveniles, los *magüeristas* no mueren. Así se llamaba antaño a los escritores anticuados que empleaban la palabra *magüer* con su solemne diéresis. Los hubo en todas partes, pero en ninguna prosperaron como en España.

Montesquieu aconsejaba ingeniosamente en el siglo XVIII a las personas asmáticas la lectura de la larga frase de los jansenistas. El y Voltaire acabaron con el período irrespirable de Bossuet, para dar a su lengua vivaz ese breve garbo, esa ductilidad nerviosa que contribuyeron tanto a la difusión de la literatura francesa. Los literatos españoles y americanos que pretendemos aligerar la antigua frase académica y jansenista, no escribimos tampoco para personas asmáticas.

La batalla continúa...

V. G. C.

P. D.—Fué escrita y publicada en francés esta larga carta en la revista *Hispania*, de París (octubre a diciembre de 1922). La ha traducido al castellano uno de los más finos escritores de América, León Pacheco.

QUERIDO maestro y señor mío:
En su último libro (2), lleno de conceptos ingeniosos y de escarceos sabios, como lo son todos los suyos, me hace usted el honor de consagrarme algunas líneas de elogio; pero su pluma lleva algunas veces—así las flechas de los indios en mi tierra—una menuda extremidad envenenada. Me llama usted «un maestro del rápido estilo afrancesado» (*a master of rapid Gallicized style*), y heme aquí gravemente herido. Es ridículo hablar de sí; pero podemos ampliar el debate, como se dice en las Cortes. Porque se trata de una revisión de toda la literatura española contemporánea. No ignora usted que en los antiguos torneos era a menudo un incógnito caballero quien venía a sustentar la honra de la castellana desvalida.

¡Cuánto siento que usted no haya definido ese estilo rápido a cuya simple enunciación se estremecen de horror los conservadores de viejos *clichés*! «Es un galicista», decíase antaño en nuestra España, mostrando con el dedo al perdulario que tal dictado infamante merecía. Hoy mismo, el sacristán mayor de las letras castellanas, el pobre Ricardo León, exclama rabiosamente: «¡Dios nos libre de españoles traducidos al gabacho!» Cuando un precursor de la crítica española como don Juan Valera examinaba los primeros libros de Rubén Darío, que iba a revolucionar la literatura de España, lo hacía con displicente ademán de inquisidor perdonavidas. Todo esto ha cambiado por completo. Los maestros de hoy, aquellos que cuentan, por lo menos, son, como usted diría, galicistas. No tienen recelos de escribir en esa lengua

Para mi querido García Monge,
animador y propulsor de toda campaña
generosa, rogándole que ensanche esta
encuesta sobre el castellano.

V. GARCÍA CALDERÓN.

directa, lógica, leve y simétrica que halló su fórmula inolvidable hacia 1830 en tan eminente afrancesado como Larra. No quiere usted confesar que hay algo de podrido en Madrid, y en las últimas páginas de su *Manual* falta la frase del Dante: *Incipit vita nova*.

• •

Todos conocemos en París especialistas que fabrican fácilmente primitivos o Grecos. Se pretende, pues la malicia humana es infinita, que uno de los más hermosos cuadros de la antigua escuela española se debe al hábil pincel de uno de nuestros modestos contemporáneos, que ha querido conservar su anonimato. Parece que tal obra maestra está en el Museo del Prado—bien colocada—lo que no llega a sorprenderme. Más peligroso es que ciertos miembros de la Academia Española estén haciendo, sin temor de ir a prisión, bajo su firma, detestables copias de los clásicos.

En el primer caso, no se ha engañado sino al director del Museo—justo castigo, pues no conocía bien su oficio—pero es a la juventud a quien se engaña constriñéndola al plagio obligatorio. Durante siglos España padeció tal añoranza de su sublime pasado literario que quería embalsamarlo por cariño. En China, según dicen, hubo mandarines condenados a muerte porque olvidaron una coma de oro en el sagrado texto. En España, si no se escribía a la manera de Cervantes, el peligro era casi tan grande. En el país de los pronunciamientos nadie los llevaba a cabo contra el lenguaje.

Quisiera, pues, querido maestro, pasearme con usted a través de la literatura española, que conoce usted a maravilla, para probarle—¿es acaso pretenciosa esta palabra?—dos cosas importantísimas:

Primera. Que el lenguaje simplificado, de frases cortas, no es tan afrancesado como usted parece creerlo, y pudiera ser, a despecho de mil apariencias, una expresión muy española.

Segunda. Que, a pesar de dos siglos lamentables y una intermitente inclinación a los peores preciosismos, el español vuelve siempre a su clasicismo peculiar (1).

En esa excursión veremos juntos cómo ciertos hermanos menores de Sancho Panza, más divertidos que el manchego, los héroes de la novela picaresca, inspiran siempre simplicidad popular y afición por todo lo humano al quijote literato que sobrecarga las frases, que prefiere los abstrusos giros y las hechizadas fórmulas de nuestro mago lírico don Luis de Góngora.

(1) En el libro que preparo—ampliación del presente estudio—sobre los destinos de nuestro idioma, resumiré la historia del lenguaje español estudiando la curva de su armonía desde la prosa de *La Celestina* y el verso de *Las mocedades del Cid*. ¡Curiosa historia de música! El instrumento perfecto estaba ya en la vieja tragicomedia, y hay discursos de Pleberio y de Melibea que podrían llevar la firma de Valle Inclán. Mas ya «aquella gravedad casi divina» que elogiaba un comentador de Herrera, va a costarnos cara. Estudiaré en los tratados de retórica y en el acervo literario dos estados de alma que parecen excluirse completándose: el temor al lenguaje de todos y la desconfianza de la armoniosa simplicidad; las críticas sobre Garcilaso y Rubén Darío nos parecerán de la misma época. Cuando Herrera defiende a Garcilaso otorgándole el derecho de traer al uso voces extrañas y nuevas en siendo «magníficas, numerosas y de buen sonido», pensamos en

(1) V. García Calderón: *El nuevo idioma castellano*. EDITORIAL MUNDO LATINO, Madrid. 112 pp. en 8º

(2) *Spanish Literature, A Primer*. (Oxford, 1922).